

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 19 DE JUNIO DE 1921

NÚM. 19.462



CUENTISTAS ESPAÑOLES LOS CIEN NEGROS



A lo que Dios quiera

La «izba» de Nicolás Petrof era aquella mañana un jubileo. Grupos de muchachos, ateridos, soplando los dedos, resistían heroicamente la helada rondando la puerta.

De vez en vez una comadre, rebujada en su «saratán», salía renegando:

—El diablo cargue con vosotros. Dejadme pasar.

—¿Cuándo salen?

—Cuando les dé la gana. Curiosos. Espías. Bien podíais estar en la escuela.

La «telega» de Antón Runief, el cosario, llegaba, rechinando y bamboleándose.

—¡Bendito sea el Señor y qué patulea! No se acabará el mundo, no. Pero, ¿queréis dejar el caballo? Tú, pelón, grandulote; anda a la barca con tu padre. ¡Estos gandules!...

Dió unas palmadas al caballo, viejo y sufrido, entre el varal. Revisó el carno, curioseado por los chicos, y con la pipa entre los dientes entró en la «izba».

Estaba así de gente, negra entre el humo del hogar y de los cigarros. En el rincón, tosiendo, quejándose, Nicolás Petrof, viejo y barbudo como un archimandrita, aparecía rodeado de la familia y los amigos. Junto a él, en pie, atribulada y sofocada, su hija Ana comía un pastel, repitiendo a cada bocanada:

—Sea lo que Dios quiera. Sea lo que Dios quiera.

Y daba pedacitos a una niña, que se relamía en brazos de otra mujer.

A la entrada de Antón se produjo un tumulto grande.

—Ea. Ya está aquí éste.

—Llegó la hora.

—Que no olvides lo que te he dicho. Que la ciudad es la ciudad.

—Tú hazme a mí caso, Anica. La vergüenza es antes que todo.

La mareaban, la atontaban. Cada cual pretendía ser el único consejero. Especialmente las mujeres, se aferraban a sus observaciones con un tesón abrumador.

Y Ana, la pobre, basta, sanota y simple en su rusticidad ingenua, con los dedos pringados de pastel, esquivaba estrechar las manos que se le tendían.

—Bueno, sí, Paula Sajarof. No me olvidaré de nada. Gracias, Antonia Dimich...

El cosario metía prisa.

—Que son las siete. Mira que el tren no aguarda. Vámonos.

Se alzó temblón, patético, el padre.

—San Nicolás vaya contigo, hija mía. Si tu pobre madre viviera...

Se abrazaron, lloraron, gimieron. Anica, colorada como un tomate, alargó los pringados dedos a un mocetón rubiasco, triste y taciturno.

—Sergio...

—Anica...

El cosario gritó estentóreo:

—Que el tren no espera... Que yo sé lo que son estas cosas...

Asomaron entre el estrépito de los chicos, que, tirando al aire sus gorros, pedían los pasteles del «adiós». Paula Sajarof, con el canastillo, iba distribuyéndolos entre regañíos.

—Tomad, demonios colorados, tomad. Y pedid al Señor que le vaya muy bien a Anica.

Hubo «churras» mientras subía Anica a

diantre! Hoy no es como antaño. Hoy, una criada puede hasta hacerse rica.

—Como diera con amos buenos, ¡vaya! Y siendo lista como es...

—Y guapota. Que es muy guapota. ¿Verdad, Sergio?

Sergio movía la cabeza, tristemente. Desde la «telega» agitaban un pañuelo...



La viuda Nugarof

Cayó de pie, como vulgarmente se dice. La casa era tranquila, y la viuda Nugarof tenía bien cubierto el riñón. Era bajita, regordeta y bastante corda. Se levantaba muy temprano, iba a mi-

católica en Santa Catalina, daba unos paseos en trineo por la Neusky y, luego de comprar un pastel de manzanas en «Els Gourmet», regresaba con el «dztvozchit» a la Marskaia.

A las doce en punto, Anica servía la sopa. Frecuentemente la Nugarof tenía convidados modestos. Mujeres recatadas, de luto, que entraban y salían humildemente. Hombres barbudos, con el gorro hasta los ojos, que la miraban desconfiados, desabrochándose la pelliza en el recibimiento. Jovencitos con uniforme de estudiantes, cargados los bolsillos de periódicos y revistas.

Anica, ingenua y diligente, servía la comida, cocinada por ella misma, bajo la dirección de su ama. Los convidados sostenían animadas conversaciones en un lenguaje totalmente desconocido para ella. A veces, la viuda Nugarof se enardecía, y, puesta en pie, brindaba, el vaso en la mano y los ojos hacia la araña de cristal.

Anica, con los platos por el pasillo, se reía a solas. —O son locos o están borrachos—pensaba.

Transcurrieron unas semanas. Fue tomando la tierra y haciendo amistades entre las criadas del mercado de San Miguel, los recaderos del Pasaje y los soldados del Jardín del Estío. Y una tarde, por Santa Cecilia, le salió un novio, en los escalones de Kazan.

Era jovencito, moreno, de tipo tártaro, con los pómulos muy salientes y una cicatriz en la mejilla izquierda. Venía galanteándola hacía días, y parecía muy reservado y muy formal. Aquella tarde, Anica entró en la catedral a rezar los tres Padrenuestros de costumbre: uno, por su madre, que estaba en gloria; otro, por su padre, que seguía enfermo, y otro, por ella, sola y pobre, sin más amparo que el de Dios.

—¿Adónde va usted?

Repitió la pregunta varias veces. Al cabo, ella, por fatiga, respondió sencillamente:

—A mi casa.

Hablaron, paseando por los muelles del Neva, una hora, dos horas, hasta que se hizo noche. Entonces él propuso que fuesen a tomar el té al Olimpia. No podía ser. Anica era formal y tenía que estar en casa a las ocho. Lo dejaron para el jueves siguiente, día de salida. Y llegó el jueves y fue Anica al Olimpia, deslumbrada por tanta gente y tanto lujo. Observó que su novio tenía allí muchos amigos. Pasaban y le daban bromas.

—Adiós, Alejo Ivanovich. Enhorabuena. Es muy guapa.

—Pero este Alejo Ivanovich, ¿qué suerte tiene! ¡Vaya una rubia, confortable!

Ella, simplota, se reía, encendida por las palabras de Alejo y por los vasos de Rhin «frappé». Hasta que él la habló seriamente.

Debían casarse. Pero antes era necesario que se probaran uno y otro su amor. Que ella le pidiese una prueba, la que fuese. Allí estaba él para cumplirla.

—Nada, nada. Lo que me digas. «Esto.» Lo que sea. Y lo hago. Lo hago porque te quiero. Porque vas a ser mi mujer. Ahora, cuéntame tú; dime tú.

Entonces ella, cándida, rústica, le contó su historia. Desde que, niña y huérfana, iba a recoger leña al monte y a vender los peces del Volga, hasta que, sola y a la ventura, entró de criada en casa de la viuda Nugarof.

—¿Es buena casa? ¿Estás contenta?...

Confidencias

Fué sonsacándola un día y otro. Al cabo, consentida en todo, resuelta a todo, le hizo una escena emocionante.

—Mira, Anica—le dijo—. Voy a confiarle a ti como un marido a su mujer... Yo no soy enenadernador. Soy policía. Y pertenezco a los «Cien Negros»...

—¿Tú, a los «Cien Negros»?

El, sí. Y a mucha honra. Porque los «Cien Negros» no era la banda terrorista denigrada por los papeluchos clandestinos, sino un Cuerpo de funcionarios que trabajaba secretamente por la Patria.

—¿Crees que un hombre como yo...?

Y ahora venía lo terrible. Los «Cien Negros» le daban una comisión y un plazo. ¿La realizaba? Tendría el premio. Plehvez, de 50.000 rublos, un ascenso y una licencia de dos años. ¿No la realizaba? Lo «suprimirían» por traidor.

—Y aquí me tienes. O la realizo antes de pasado mañana por la noche, o pasado mañana por la noche, aunque me esconda entre los monjes alejandrinos, me encontrarán y me «suprimirán» los «Cien Negros»... ¿Sabes qué comisión es? Apoderarme de unos papeles... ¡Más sencillo!... ¿Y sabes dónde están esos papeles? Los tiene la viuda Nugarof...

—¿Mi señora!

—Tu señora, sí. Su casa es un Centro judío. Allí se tramaba una conjura para asesinar al Emperador...

—¿Virgen de Ulma! Ahora me explico por qué hablan en idiomas raros. ¡Para que yo no cace sus secretos! Y por qué hacde tanta gente de tipo judío. ¡Claro! A conspirar contra el Zar... ¡Infames, infames, infames!

Fué coser y cantar. Convinieron en que aquella noche Anica, fingiéndose indispueta, se levantara varias veces. Estuardaría bien la zona de operaciones, tomaría en cera el molde de las cerraduras del «secretaire» y ejecutaría, ce por be, las diestras prevenciones de Alejo. Y a la noche siguiente, apenas el reloj de Kazan diera las once, saldría, nuevamente indispueta, a llamar con urgencia a un médico.

Dicho se está que el médico sería Alejo, prevenido, con maletín de estuches, a dos pasos de la Marskaia, en el restaurante Dominiquino.

Lo inesperado

No hubo el menor tropiezo. Por la noche, quejándose, se levantó y recorrió la casa a su gusto: los pasillos, el comedor, la sala, el gabinete del «secretaire». Todo, menos la alcoba donde la viuda Nugarof debía estar de siete sueños, gracias al papelillo disuelto en el vino de la cena.

Y a la noche siguiente, cuando el escape del reloj de Kazan preludió las once campanadas, salió, quejándose más aún; dejó entornada la puerta del piso, abrió con llavín la de la calle y confió al «vornido» (portero) que iba en busca de un médico, porque se moría a chorros.

Alejo, con su maletín, la vió asomar al Dominiquino y salió a su encuentro.

—¿Está todo como dije? Quéjate, quéjate cuando veas a alguien.

Las campanadas del reloj de Kazan so-

naban como cañonazos. Nevaba lentamente. Algún trineo de borrachos escandalizaba a la puerta de un café.

Cruzaron hacia la Marskaia. Vieron venir bultos por el puente.

—Quéjate... Mucho... mucho...

—¡Ay, qué dolores tan terribles, virgen de Ulma!

Como si no. Pasaron aprisa, con los gorros hasta las cejas. Ana y Alejo, ante la casa, saludaron al «vornido» y subieron. La puerta del piso, entornada. El pasillo, a oscuras... Entraron. Ni el menor ruido. Nada.

De puntillas fueron al gabinete. Alejo, con la llave nueva, pulsó ante el «secretaire».

Cristóbal de CASTRO

NERVAL Y BAUDELAIRE

ASI al mismo tiempo recibo dos traducciones de Gerardo de Nerval, dadas a distinta pluma: un tomo de la Biblioteca Nueva, que comprende *Las Hijas del fuego* (traducción de Carmen de Burgos), y otro pequeño volumen de *La Pluma*, en el cual Cipriano Rivas Cherif nos da también la traducción de *Silvia*, una de las narraciones que forman la colección anterior. Ramón Gómez de la Serna ha prologado largamente el tomo de la Biblioteca Nueva con su *verve* inagotable, tan amena, tan llena de imágenes evocativas, que van reconstruyendo el personaje sin las frías opacidades de una biografía. Recojo de ese prólogo alguna frase justísima: «Para ser feliz basta resignarse a no serlo.» «La mayor pena de los dioses es que no se pueden suicidar.» En lo cual Gómez de la Serna coincide con Rubén Darío, que dice, por boca de Quirón en *El Coloquio de los Centauros*: «La pena de los dioses es no alcanzar la muerte.»

Gerardo de Nerval es el más típico de los románticos franceses. Suicida como Rolla, y obseso, como el Musset de *Rolla*, por una avidez religiosa imposible de satisfacer en aquellos días de transición entre la vieja fe muerta y la vaga fantasía de la nueva fe, Nerval es el inadapado por excelencia. Léase su bella divagación *Isis*, tan reveladora en aquel aspecto: «Hijo de un siglo escéptico más que incrédulo, fluctuante entre dos educaciones contrarias: la de la revolución, que lo niega todo, y la de la reacción social, que pretende reunir el conjunto de las creencias cristianas, ¿me veré obligado a creerlo todo, como nuestros padres, los filósofos, lo habían estado a negarlo todo?» La diosa egipcia, con el niño Horus en brazos, debió de ser, para aquella imaginación, algo parecido a esos arcángeles ambiguos de que nos habla D'Annunzio, bajo los cuales resurge su antigua cualidad de Victorias aladas... «¿Que yo carezca de religión?—solía decir Nerval—. ¿Cuando tengo diez y siete, por lo menos!»

Otra representación típica debemos ver en ese escritor tan refinadamente «literario»: fué el entronque de la generación del romanticismo aristocrático (Restauración, Monarquía de julio) con la bohemia literaria contemporánea de 1848 y de los primeros años del Segundo Imperio carezca de religión?—decía Nerval—. ¿Cuando tengo diez y siete, por lo menos!»

He aquí otro nombre, de mayor categoría, con muchos conceptos al de Nerval: Baudelaire, del cual nos da la Biblioteca Nueva una traducción de *Prosa escogida*, por Julio Gómez de la Serna, con un epílogo del propio Ramón, hermano del traductor.

—Maldito sea... ¿Tú estás segura de...?

No acabó. Le taparon la boca, lo mataron, lo echaron al suelo. Anica, bien sujeta, vió tres «gardavois», de uniforme, con las pistolas en la mano.

Uno de ellos, dándole con el pie a Alejo, decía:

—Bien, mocito. Todo está bien, menos que calumnies a los «Cien Negros». En los «Cien Negros» puede que haya tiranos. Pero de fijo no hay ladrones como tú.

Anica, traspasada, deshecha, lloraba y lloraba sin consuelo:

—¡Qué infancia, virgen de Ulma! ¡Qué infancia!...

Precisamente acaba de celebrarse el centenario de Baudelaire. Y su obra queda intacta. ¿Por qué? Porque señala un momento esencial en la crisis evolutiva del espíritu humano. Hay hombres que tienen un sentido negado a la multitud. ¿Qué sentido? Llamémosle el *tacto de las tinieblas fundamentales*. Con un zarpazo de temeraria curiosidad han arrancado la venda protectora de sus ojos. Y han visto. O, mejor, no han visto; han descubierto que no veían; se han percatado de su ceguera ulterior... Y han quedado como niños abandonados en la oscuridad, desgañándose para invocar la maternidad desaparecida... Ese grito acaba por convertirse en canto, música adormecedora de la propia desesperación, o tal vez melodía apaciguadora de las fieras invisibles, adivinadas en la sombra. La invocación de los dioses negros fluctúa entonces entre culto demoníaco y convicción de la propia blasfemia.

Satán, plutónico todavía en Dante, ridiculo en su popularización de los dramas religiosos, ingenuo en la pintura septentrional, humanizado en Milton, había pasado a ser el diablo incrédulo y burlón cuyo florecimiento genérico es Mefistófeles. Es el discípulo de las Universidades germánicas, espiritual, buen compañero, alegre, sabio, que levanta sobre las decenas y enfáticas disquisiciones de los maestros, sobre el armazón de los sistemas filosóficos, largamente combinados, la carcajada de un comentario destructor. Es la hora negativa, de la cual surgirá un mundo negativo. El diablo fué entonces poeta, a su manera, y desplegó ante los ojos rejuvenecidos del doctor el último Sábado, henchido de visión y palpitante de humanidad, de carnación; o el retorno triunfal del mundo helénico, en la segunda noche de Walpurgis.

Pero pronto Mefisto se tornó el diablo de Heine, hombre de mundo, flor de urbanidad, impecable de vestidura. Mas éste no fué, propiamente, el diablo romántico, cuyo pontífice tuvo por nombre Baudelaire. «Oh, Satán; ten piedad de mi larga miseria!» Las *Letanías de Satán* son el pináculo de la era negativa, naturalmente rematada en desesperación. Se acudía a Satán no como reclamando el auxilio de un genio favorable, sino el consuelo de un dios proscrito, condenado a un infierno parecido al de los miserables; oración a un dios del mal, con la plena conciencia de que es el Mal; simulacro de culto negro, divinización de la blasfemia, plegaria del que invoca, como en execración suicida, las fuerzas del dolor y de la muerte.

Ese mismo prestigio de ciencia oculta, de taumaturgia negra, se transmitió al afán de novedad poética de Huysmans, al amor de ocultismo de Julio Bois; mien-

tras la fluctuación entre el pecado consciente y la caricia de la fe infantil, balanceada como un conjuro en el naufragio, conducía a las invocaciones de Verlaine.

En sentido bien diverso, la última evolución de Satán en la poesía es la que representa Carducci: el mal de ayer era el bien de hoy; el bien de hoy era el mal de ayer. La *forza vindice de la ragione* completaba, sobre el solar de otra vieja universidad, Boionia, la obra comenzada en el laboratorio del doctor Fausto.

Baudelaire, albatros que se arrastra sobre el navio que le aprisionó, como en el soneto inmortal, vertió en su obra toda su alma. Su obra fué la eclosión de sus delirios en el paraíso artificial; el perfume insospechado de sí mismo. Todo su anhelo tendió a desdoblarse en las formas de la estética proscrita, la de los sentidos desterrados del cielo como ángeles rebeldes, el olfato, el tacto y hasta el gusto. «Su alma divagó sobre los perfumes como el alma de los demás divagó sobre la música.» Amó la danza por encima de la música, «como lo visible y lo creado están por encima de lo invisible y de lo increado». Solamente «aquellos a quienes la música inspira ideas de pintura» podían comprenderle. Habló del placer aristocrático de desagradar, y llamó al amor «necesidad de escaparse de uno mismo». Descubrió, antes que Ramhaud, que los sonidos tienen un color, y los colores una música. Reivindicó el derecho a contradecirse. Y proclamó: «¡Embriagaos! De vino, de poesía o de virtud, a gusto vuestro.»

La colección de traducciones que nos da la Biblioteca Nueva es, naturalmente, desigual; porque comprende obras de muy diversas épocas en la vida del poeta. Las muestras extraídas de sus *Pequeños poemas en prosa* son las más reveladoras. ¿Quién no recuerda el amargo simbolismo de *El juguete del pobre*? También en la vida, como un resto de divinas crueldades originarias, divierte más jugar con una rata viva que con una imitación de muñeca infantil y preciosa.

Y cómo nos hace sonreír ahora, relejendo *El tirador galante*, o *El Extranjero*, o *La sopa y las nubes*, la indignación de Tolstoi en su *¿Qué es el arte?*, al tachar de oscuras esas fantasías, preñadas de *escalofrío nuevo*!

Inclinado sobre los ojos de los gatos y de los vagabundos, en los que indagaba «el imperio familiar de las tinieblas futuras»; o descubriendo la hora de la Eternidad en los ojos de su bella Felina, «tan bien denominada», siempre Baudelaire, adorador de la Venus negra, alcaído por la busca del mal en el Amor, como voluptuosidad suprema, fué el caballero perdido en un Venusberg diabólico, entretejiendo el añorado himno de los cruzados que se llevaban la otra mitad de su alma tormentosa... En los brazos de una Laura diabla, la canción que tal vez quiso enderezar en el sentido de sus antiguas purezas de niño, ¿qué otra cosa podía resultar sino la «petrarquización de lo horrible», el eco de una discordancia robada a las divinidades subterráneas, y que él se empeñaba en acordar sobre el arpa dolorida de sus nervios?

El Cristo de Tolstoi encontraba en la carroña del perro abandonado en las calles de Jerusalén la belleza de los dientes blanquísimos. Baudelaire, inversamente, cantaba en su soneto la podredumbre de la carroña, convirtiendo en belleza su hedionda pululación. Y ese esfuerzo torturador destruyó su vida.

Gabriel ALOMAR



EL ESPÍRITU ESPAÑOL DE UNA ARTISTA ESLAVA

LA AGUAFORTISTA ANGELINA BELOFF



DESDE que el arte ruso nos va siendo familiar, es cosa poco menos que corriente comprobar la identidad, que pudiera decirse *identidad de vibración*, que aparenta con el arte nuestro. Pero esta comprobación no deja de limitarse a cierta exterioridad de emociones, proviniendo quizás de un mismo fondo de apasionamiento y de *ineditismo*; y el artista ruso que hasta ahora parecía más compenetrado con España, Rimsky Korsakoff, no lo está en realidad mucho más profundamente que el francés Chabrier.

Por esto, las aguafuertes de Angelina Beloff, inspiradas en temas españoles, tienen, además de su mérito propio, un valor que no debe pasar inadvertido. Y estamos ya demasiado habituados a las páginas amenas y pintorescamente superficiales de los «españolizantes» que pueblan anualmente, con su nota sensacional y petulante, los «salones» de allende el Pirineo, para no reconocer en este valor una cualidad profundamente elevada.

¡Qué distinta esta comprensión, este *sentido de España* de Angelina Beloff, de la fantasía pasajera y obligada del artista extranjero que hace su tradicional viaje a España con idéntico espíritu con que el año anterior habrá ido, o irá al año siguiente, a Florencia y a Nápoles! Angelina Beloff pasa algún tiempo en España—y en Toledo, relicario del alma española—, y nos da, con un acierto y una justeza insuperables, el fondo invariable de la idiosincrasia española. Es esto más que una coincidencia y muy otra cosa que la curiosidad *dilettante* del artista-turista. Para sentir de este modo una tierra extraña hay que haber nacido ya con el sentimiento de su visión.

Alfarenos encorvados, jadeantes, casi animales, como los mujiks de la literatura eslava y, como ellos también, casi sublimes; mujeres magníficas en su fealdad y en la fatiga de sus formas demasiado trabajadas por la vida y las maternidades, como aquellas, rudas y feas y bellísimas que antes de la paz del primitivismo de Tahiti, buscaba Ganguin en el primitivismo de su Bretaña alucinada: figuras *inarmónicas*, de las más atrevidas y más incontestablemente sinceras del arte moderno, que no están ni compues-

tas ni agrupadas, sino que son sencillamente, tal como las vió el sentimiento exaltado del artista. Tal como debieron estar. Y esto no es realismo preconcebido,

plando su verdad, cruda y desnuda, está la verdad, no más alta ni más honda, pero sí más pensada y más establecida de las obras en que la pasión avasalla

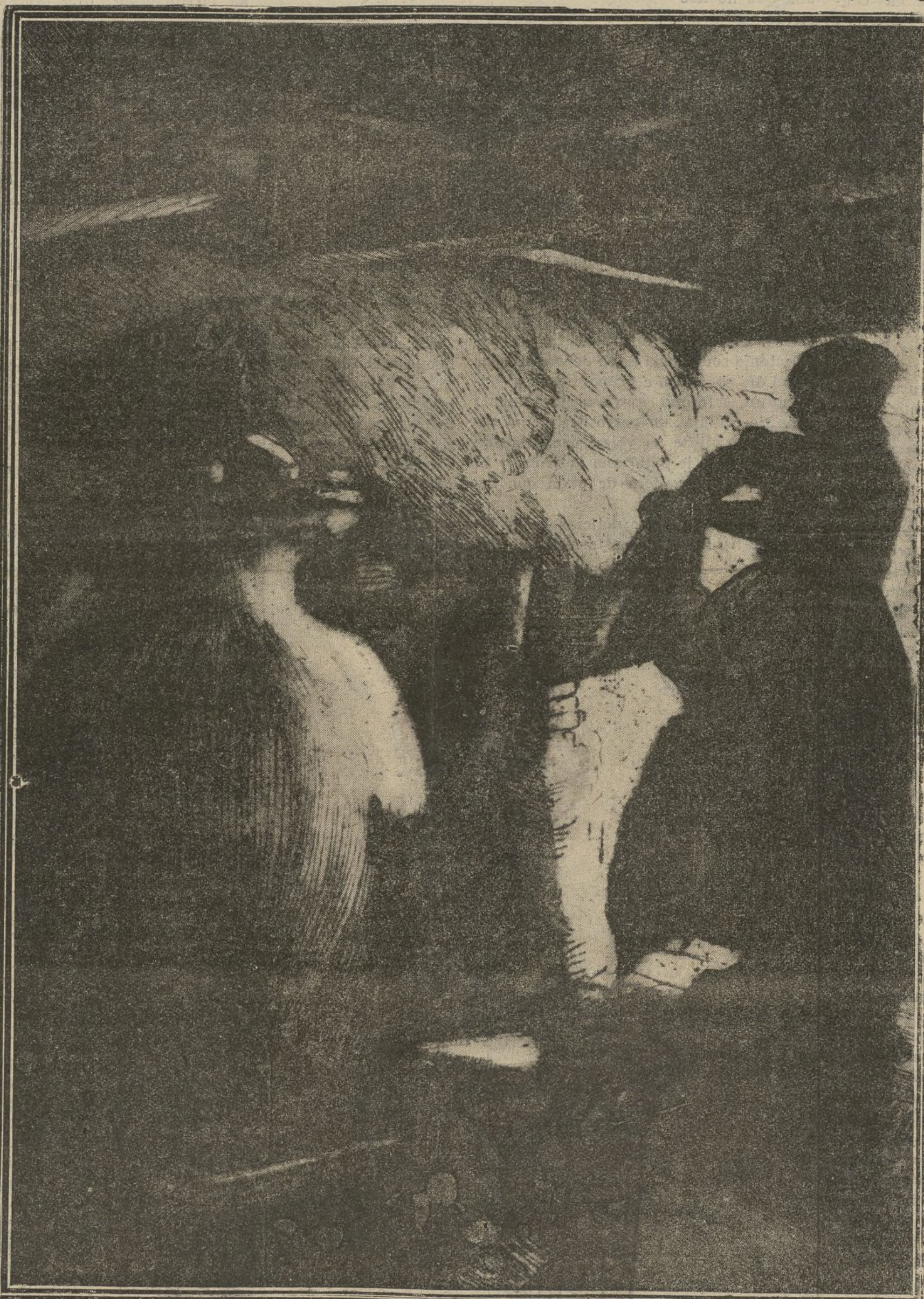
también por sus formas generales, por su perspectiva, sus luces y sus sombras, y que en su aparente complejidad ostenta, mejor que ninguna otra obra, el equilibrio que preside todas las composiciones de Angelina Beloff y las hace tan ordenadas y tan *enteras*. Y he aquí, en su forma severa e insistente, una «Visión de Santa Teresa», la materialización más desenfundada, más estrecha y más absoluta de un temperamento, de unos nervios y de una idea.

La tendencia hacia el estilo de los antiguos grabados en madera es una de las características fundamentales del grabado ruso. La mayoría de los artistas rusos del «negro y blanco» se sujetan a ella, y podemos ver que esa brillante pléyade que comprende a Bilibine, Doboujinski, Somof, Soudeikine, Benois y sus respectivos discípulos, aun cuando dibujan en papel, tiende siempre a dar la impresión fuerte y dura del grabado en madera. Muy avanzados en espíritu, conservan un cariño fervoroso a los ideales del pasado, el culto de la línea trabajada y potente; y para quien lo considera atentamente, ese movimiento estilista manifiéstase idéntico en liberidad y en conciencia, en los sueños hacia el antiguo Oriente de León Bakst, en el arcaísmo sabio y casi cerebral de Bilibine o en el apasionamiento de Angelina Beloff. En el «Interior» se ve la delectación de la artista por la materialidad de su arte, el amor a los negros espesos y jugosos, a las siluetas recortadas en la nitidez de los fondos. Y la «Calle», aparentándolo con menos brío, es quizás aún más sabia y entendida con su interpretación directa e ingenua de un paisaje en el que la visión eslava de Angelina debió divinamente hallarse y esparcirse.

Pero también aquí la fuerza material queda relegada a un término secundario, porque Angelina Beloff—la obrera, la que trabaja ella misma sus planchas y sus ácidos—conoce tan admirablemente los recursos de su oficio, que sabe hacer olvi-

dar su aprendizaje paciente e ingrato para sólo ostentar el espíritu que la impulsa. Ese espíritu que tan bien se compenetra con el nuestro, para revivirlo y exaltarlo.

Margarita NELKEN



— INTERIOR DE UNA VIVIENDA TÍPICA DE TOLEDO —

do, ni efectismo aprendido: es vida, fuerza de siempre, fondo que siempre perdura..., instinto..., sensación...

Pero esto es sólo un aspecto de la genial aguafortista: junto a él, no diferente, sino otra, complementando y am-

tan completamente al oficio, que éste llega a detallarla y explicarla minuciosamente. Y he aquí la «Procesión», que encierra un universo entero de instintos y de sensaciones y que se mueve, no sólo por sus figuras y sus grupos, sino

EL HADA FLORINDA

Su Majestad la reina de las Hadas se aburría en su palacio de cristal y platino; para distraerse resolvió tener un hijo. Claro está que la reina de las Hadas no podía comprar en París un niño de carne y hueso como cualquier simple mortal. Levantó el dedo meñique de la mano izquierda y su ejército de gnomos acudió a este llamamiento.

—Traedme—dijo la augusta dama—cuatro kilos de azúcar molida y otros tantos de almendras dulces; seis litros de esencia de rosas y seis de esencia de jazmín; cuarenta perlas, dos zafiros y una docena de rubíes; cien gramos de nácar, veinte madejas de hilo de oro, diez varas de terciopelo verde y diez de raso color grosella; no dejéis de traer también una artesa de plata y una palita de oro.

Cuando, a los cinco segundos, el hada tuvo estos objetos, hizo una pasta de azúcar y almendras, que amasó en la artesa de plata, con la palita de oro, y la regó con las esencias de rosa y jazmín; de este modo fabricó un muñeco, al que le puso cabellos de hilo de oro, ojos de zafiro, dientes de perlas, labios y lengua de rubíes y uñas de nácar.

Cuando aquella maravilla estuvo terminada, el hada soplo ligeramente; en el acto, el muñeco—mejor dicho, el niño—estornudó, sonrió, abrió los ojos y dió a su madre el abrazo más afectuoso del mundo. Su Majestad, encantada con su obra, le puso por nombre Lucero.

¿Para qué decir que los días de Lucero fueron tejidos de luz y de alegría? Era más poderoso que todos los príncipes del mundo; sus caprichos más fantásticos eran realizados en el acto. Un día se le antojó ir a ver lo que ocurría en la Luna, y su madre puso a su disposición una escala de oro, que le permitió llegar en un momento hasta nuestra blanca y redonda vecina. Otro día quiso dar la vuelta al mundo, y su madre le regaló un caballito de cartón con alas, que recorría mil leguas por segundo. No tenía más que abrir la boca para que entrasen en ella las más sabrosas y refinadas golosinas, y le bastaba con levantar un dedo para poseer los juguetes más perfeccionados.

En su vida supo lo que era recibir un azote o ser castigado. Verdad es que no lo necesitó tampoco, pues su madre se había cuidado de dotarle con todas las virtudes imaginables, y así Lucero era tan bueno como bello y tan razonable y listo como dichoso.

Cuando cumplió veinte años, su madre, la reina, reunió a todas sus súbditas y les habló en la forma siguiente:

—Queridas y bellas hijas mías: Ha llegado para mi hijo, el príncipe Lucero, el momento de escoger esposa. No hay princesa en el mundo que me parezca digna de él; sólo una de vosotras puede aspirar a semejante honor. Pero ha de ser la más poderosa de todas; en una palabra, la que acierte a descubrir o inventar la maravilla más extraordinaria. Buscad, pensad, trabajad, meditad. Que dentro de un año cada una de vosotras me traiga el resultado de sus pesquisas, para que yo, a mi vez, escoja la que ha de ser esposa de mi Lucero y nuera mía.

Todas las hadas saludaron y se retiraron alborotadísimas, cuchicheando y comentando el suceso.

Desde entonces estuvieron todas tan ocupadas, que se olvidaron en absoluto de los asuntos de los hombres, y así aquel

año el mundo fué casi tan desdichado como ahora en que las hadas han desaparecido por completo.

Y digo «casi», porque hubo una que no nos olvidó.

El hada Florinda, la más sencilla, la más dulce, acaso la más modesta de todas, se había enamorado de veras del príncipe Lucero, y al salir del palacio de la reina estaba resuelta a trabajar activamente para conseguir ser su esposa. Pero en esto se encontró a un pobre viejo que lloraba, medio muerto de hambre, de frío y de abandono. Florinda era buena y tenía conciencia de su deber de hada; aquel día se dedicó a proporcionar al anciano un cesto que estuviere eternamente lleno de comida, un perro fiel y una casita que cobijase su vejez; a cambio de estos servicios le pidió una lágrima, y la echó en una regadera de plata que llevaba.

El segundo día tuvo noticias de un joven que había sido transformado en pá-



madre en terribles aventuras para encontrar un hijo que se le había perdido; el sexto día libertó a una princesa prisionera de un dragón.

Así, todos los días el hada hacía una buena acción, y cada vez recogía una lágrima de aquellos a quienes protegía y la echaba en su regadera de plata. Y así transcurrieron trescientos sesenta y cuatro días. La regadera estaba llena; pero Florinda no había tenido tiempo ni de pensar siquiera en la maravilla que pudiese hacerla vencedora en el concurso. La pobrecilla dió un suspiro, plantó ante su castillo un rosál y le

jaro por un brujo envidioso y cruel; Florinda empleó su tiempo y su ciencia en deshacer los encantamientos del brujo y devolver al joven su forma natural.

El tercer día se ocupó en proporcionar toda suerte de cosas a un niño pobre; el cuarto día devolvió la salud a varios enfermos; el quinto día acompañó a una desdichada

regó con el contenido de la regadera.

Al día siguiente, ante su puerta se alzaba una rosa blanca y perfumada. Florinda se la puso a la cintura, montó en su carroza de raso azul y, muy triste, se encaminó al palacio de la soberana.

El palacio real ofrecía un aspecto más brillante que nunca; las inmensas salas resplandecían de luces encendidas en piedras preciosas de gran tamaño. Sobre un trono de ébano con incrustaciones de brillantes la reina estaba sentada, deslumbrante de belleza y de lujo; a sus pies, Lucero se hallaba respetuosamente acurrucado sobre un cojín de terciopelo.

Continuamente llegaban hadas, todas bellas, vestidas con trajes de seda y coronadas con flores y pedrerías.

Su Majestad levantó su varita de marfil y las hadas fueron acercándose una a una, depositando a los pies de la soberana sus ofrendas.

Se vieron las cosas más extraordinarias del mundo: un collar hecho con estrellas del cielo y un vestido tejido con un rayo de luna; un mirlo blanco y un ramo de azucenas negras; lumbré que no quemaba; la flecha de un amor eterno; los dientes de una gallina y la cabellera de una rana; ¡qué sé yo!

La reina de las hadas estaba bastante perpleja para escoger entre sus diligentes e ingeniosas súbditas la más merecedora de la recompensa prometida.

—¿Qué es esto, Florinda?—preguntó con tono severo—. ¿Tan holgazana has estado que no has hecho nada en todo el año para merecer la mano de mi hijo?

—Señora—murmuró Florinda, toda temblorosa—: no he hecho más que plantar un rosál, y sólo puedo ofreceros esta rosa, que nada tiene de particular.

La reina, algo sorprendida, cogió la flor.

—Veo—dijo con desdén—que no tenías muchos deseos de ser mi nuera.

Y dejó caer la rosa a sus pies; Lucero la cogió, y no sé por qué puso un beso sobre los pétalos perfumados. Entonces la rosa dió un salto, se plantó en medio de la sala y dijo con extraña vozecita:

—Los que hablan por mi boca son todos aquellos de cuyas lágrimas he nacido.

Y contó una por una la historia de las trescientas sesenta y tres buenas acciones que Florinda había efectuado durante el año. Cuando terminó, la reina preguntó a sus súbditas:

—Y vosotras, ¿qué habéis hecho por los hombres? ¿Cómo habéis cumplido vuestro oficio de hadas?

—Nosotras—contestaron las otras—no hemos tenido tiempo. Como Vuestra Majestad nos había ordenado que buscásemos una maravilla...

La soberana quedó algo confusa; pero Lucero miró a su madre de esa manera especial que tenía de mirarla cuando quería que le otorgara algún capricho; y la reina, porque era hada, y más aún porque era madre, comprendió muy bien lo que quería decir.

Lucero y Florinda se casaron, y su boda fué tal, que quedó grabada para siempre en los anales de la historia de las hadas. Y como las hadas son inmortales y sus maridos también, tengo la seguridad de que siguen viviendo por algún lugar de la tierra, siempre jóvenes, siempre dichosos y siempre buenos.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.



E. BRANZ

GLOSAS DEL ROMANCERO BERNARDO EL CARPIO



Por un camino muy largo,
entre una selva muy honda,
toda de verdes encinas,
altas, copudas y añosas,
se ve avanzar tres doncellas,
las tres con oscuras tocas,
las tres muy tristes los ojos
y en son de llanto la boca,
lanzando quejas tan graves
que el eco del bosque asordan.

Delante, tres escuderos
largos blandones soportan
—fúnebres cirios que exhalan
su luz vacilante y roja—,
también los ojos muy tristes,
también con luto en las ropas.

Bernardo, al pie de una encina,
duerme, entreabierta la cota,
sin casco, guantes ni espada,
que sobre el césped reposan
junto al caballo que paca
la blanda yerba olorosa.

Al ruido de aquellas voces
que el eco ensordecen noncas,
abre Bernardo los ojos,
la sien en la mano apoya;
y, al tornasol de la tarde
que irisa de luz las hojas,
se queda fijo mirando
lo que de pronto le asombra.

—Buen caballero, que duermes
mientras lloramos nosotras
—dice una al verle—: si aspiras
a hacer tu espada famosa,
oye, y, después de escucharme,
según tus instintos obra.

«Eramos cuatro; las cuatro,
ricas, felices y hermosas,
de azul las cuatro vestidas,

nó con sayales de monja.
De un mismo padre las cuatro
—rosal que dió cuatro rosas—
igual el rostro teníamos
bajo el azul de las tocas.
Hilando, hilando, una tarde
—nunca llegara tal hora—,
vimos las cuatro, a lo lejos,
como al azor la paloma,
un caballero, jinete
sobre un caballo que empolva,
de tanto correr, la senda
que el sol de la tarde dora.
Como la noche de oscura
tiene el color su garzota;
las negras armas que ciñe
y hasta el caballo que monta.
¿Será la muerte?, dijimos;
y apenas callamos, bronca,
sonó en la puerta su espada
y entró, pausado, en la alcoba.
Manchado en sangre venía
desde los pies a la gola.

Florinda—dijo—, mañana
serán, por fin, nuestras bodas;
vengo por ti y es preciso
que partas conmigo.—Loca,
gritó Florinda: mi padre

sabrás castigarlos.—Solos
estais, le maté no ha mucho;
mirad su sangre en mi nopa
—dijo—; y cogiéndola, aleve,
contra su pecho, se arroja,
veloz, por la alta escalera;
llega al umbral; raudo monta,
y a poco, en la muerta tarde,
fueron los dos una sombra.»

Buen caballero: si aspiras
a hacer tu espada famosa,
reñe al traidor Lepolemo,
causa de tanta deshonra;
que si le vence tu brazo
seré, si quieres, tu esposa;
mas si tu esposa no quieres,
pondrasme al cuello una argolla.

Bernardo, el buen caballero,
se aprieta, fuerte, la cota;
se ciñe el casco y la espada,
después las rudas manoplas,
y, ya afianzado en la silla,
le dice: Vamos, señora;
marcadme el paso y veremos
quién al del Carpio le afronta.

Dos horas van de camino,

cuando, al salir de la fronda,
contra una torre muy alta
por poca más no se topan.
Bernardo lanza a los ecos
tres largos toques de trompa,
y al punto se abre una puerta
y en ella un jinete asoma
todo vestido de negro:
caballo, peto y garzota.

Los dos, blandiendo la espada,
contrarios, al par galopan,
con ronco fragor de hierros
que, al encontrarse, se chocan.
Aunque el traidor se defiende,
tanto Bernardo le acosa,
que, roto el peto y la espada
también por el puño rota,
no puede evitar un golpe
que a tierra, audaz, le desmonta,
ya sin poder levantarse,
teñida en sangre la gola.

Buen caballero—le dice
la que antes le ha hablado—: ahora,
pues di palabra de hacerlo,
si no me quieres de esposa,
podrás, como esclava tuya,
ponerme al cuello una argolla.

Jamás pedi—él la responde—
favor por favor, señora.
Sobrino de un rey, mis hechos,
al fin y al cabo me abonan;
ni nunca exijo favores
ni nunca lido sin honrá.

Se inclina cortés, saluda;
después las riendas afloja,
y a poco, en la tarde muerta,
fué el caballero una sombra.

Fernando LOPEZ MARTIN

Ilustración de E. BRANZ.

LECCIONES DE EUTRAPELIA EXPLICADAS POR EL PADRE CONFORME EN EL COLEGIO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE LA ABADÍA DE ARBE

Pocos conocen el Colegio de Estudios Superiores recientemente inaugurado en la antigua abadía de Arbe y situado en un pintoresco recodo de la costa cantábrica, no lejos del solar de Ercilla. Dirigido por sacerdotes, ocupa la antigua hospedería del monasterio, cedida con este objeto por la duquesa viuda de Gascuña, en cumplimiento de los deseos manifestados por el duque, trágicamente fallecido no hace mucho. En realidad, tiene por objeto el tal Colegio conservar la célebre biblioteca de la casa de Gascuña, que el último duque tenía en gran estima, ayudándose para ello algunos sacerdotes con la enseñanza de estudios superiores. Por deseo expreso del fallecido, funciona la institución dirigida por un sacerdote, gran amigo del duque, el Padre Rajanac, cuyo apellido, significando en vasconco algo como conformidad con lo que se ha dicho, fué motivo para que todos dieran en llamar al ilustrado sacerdote el Padre Conforme. El tal Colegio es el único, que yo sepa, donde se enseña oficialmente el euscara, por el conocido texto del jesuita Larramendi, titulado: *El imposible vencido, o Arte de hablar en vasconco*.

Los otros profesores consideran al Padre Conforme como hombre de gran talento, aunque algo tocado de la cabeza, y disculpan con su edad sus extravagancias. El tal posee superior cultura y general conocimiento de las ciencias; fué catedrático de Filosofía en Madrid, posteriormente emigrado, y por último, profesor de la Politécnica en París. Viudo dos veces, se hizo sacerdote para refugiarse en el sosegado retiro de la abadía de Arbe, al amparo de su antigua amistad con los Gascuñes.

El Padre Conforme ha sido el creador de la clase de Eutrapelia, que explica, al caer de la tarde, después del recreo, en una galería de cristales que da sobre el mar, a los mismos alumnos a quienes enseña Mecánica por la mañana. Uno de ellos me ha entregado un cuaderno de apuntes de dicha asignatura de Eutrapelia, que considero dignos de ser conoci-

dos. Comienza así la primera lección:

LECCIÓN PRIMERA. — DEFINICIÓN Y ELOGIO DE LA EUTRAPELIA.

«La Eutrapelia, cuyo estudio está muy abandonado modernamente, procede de los griegos, que supieron hacer y decir las cosas más serias que la humanidad conoce, fuera de los textos sagrados, y, sin embargo, inventaron la Eutrapelia, que, según el Padre Nuremberg, es la virtud de un honesto entretenimiento en el discurso.»

Seguidamente elogia la Eutrapelia y establece normas y reglas para cultivarla.

Después de esta lección primera aparecen en los apuntes hasta 34, rotuladas con títulos extraños, tales como *Del difícil arte de hacerse el tonto*, *La cursilería de la curva denominada elipse y el por qué de todas las cursilerías*, *La confusión entre la energía y la fuerza que se hace patente en los matrimonios mal avenidos*, *La mecánica racional aplicada a la tauromaquia como estudio de masas en movimiento*. Algunas desarrollan asuntos históricos, tales como *Por qué Napoleón se equivocó en España*, y, por último, la lección final, que, por abordar eutrapélicamente un tema de actualidad, me ha parecido digna de ser reproducida.

LECCIÓN 34. — LA EXPERIMENTACIÓN HISTÓRICA APLICADA AL TERRORISMO.

«Los científicos se empeñan en suponer

que el empirismo, o, mejor dicho, las ideológicas consecuencias de la experimentación, solamente se cultivan en las ciencias exactas, y se entusiasman porque nadie puede negarles que el nitrato potásico en contacto con el ácido sulfúrico produce sulfato de potasio.

«Pero ocurre que, consecuencias semejantes, se pueden deducir de todos los he-

chos existentes, y de aquí la experimentación histórica que no sé por qué se ha de cultivar menos que la física y la química. Y como éstas no implican necesariamente actualidad, la histórica puede perfectamente llevarse a cabo, fundándose en hechos pasados. No es indispensable ver reaccionar al ácido y la base si consta de una manera cierta que la tal reacción se ha verificado.

«Y esta certeza, en la historia, procede de la documentación. Con documentos a la vista se pueden verifi-

car con la historia experimentos similares a los de un laboratorio moderno.

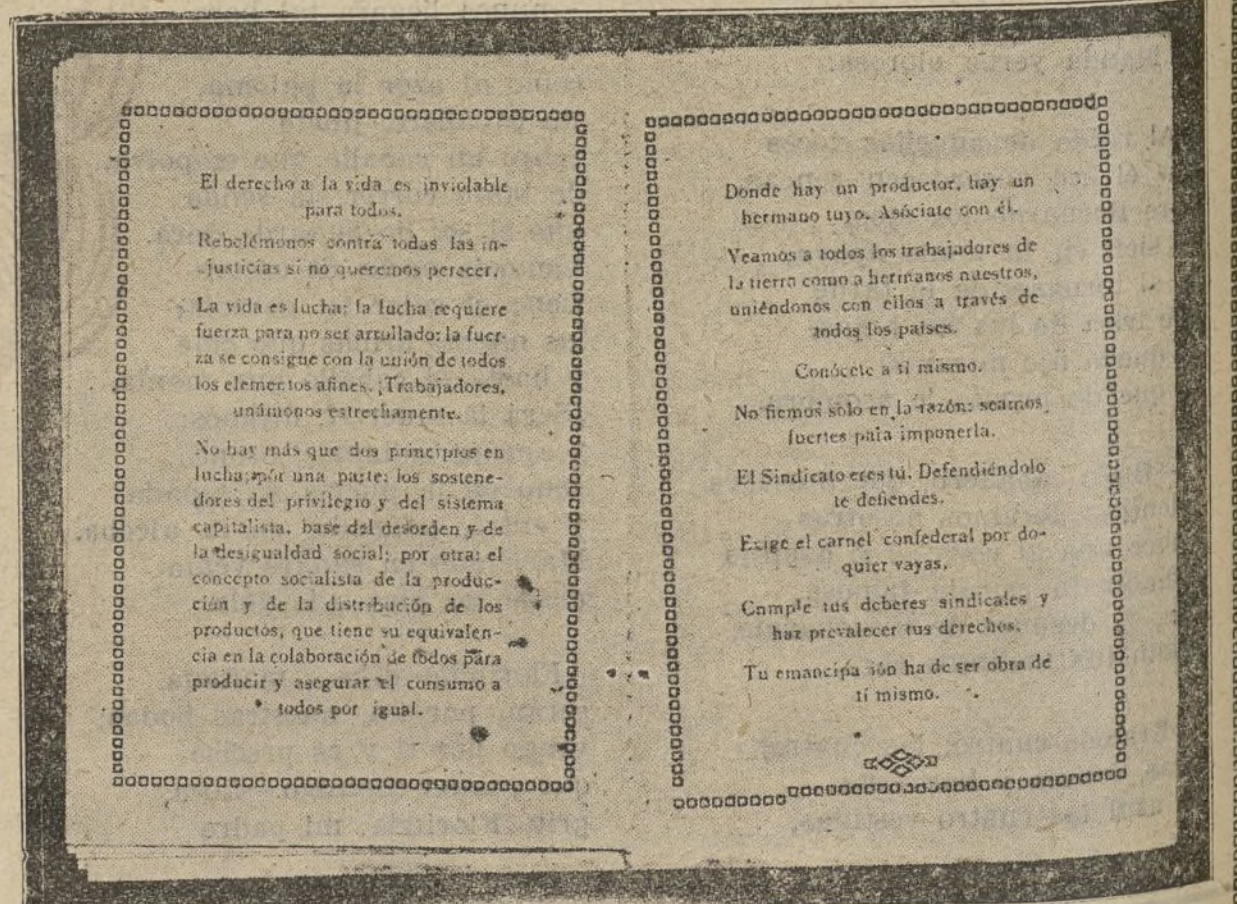
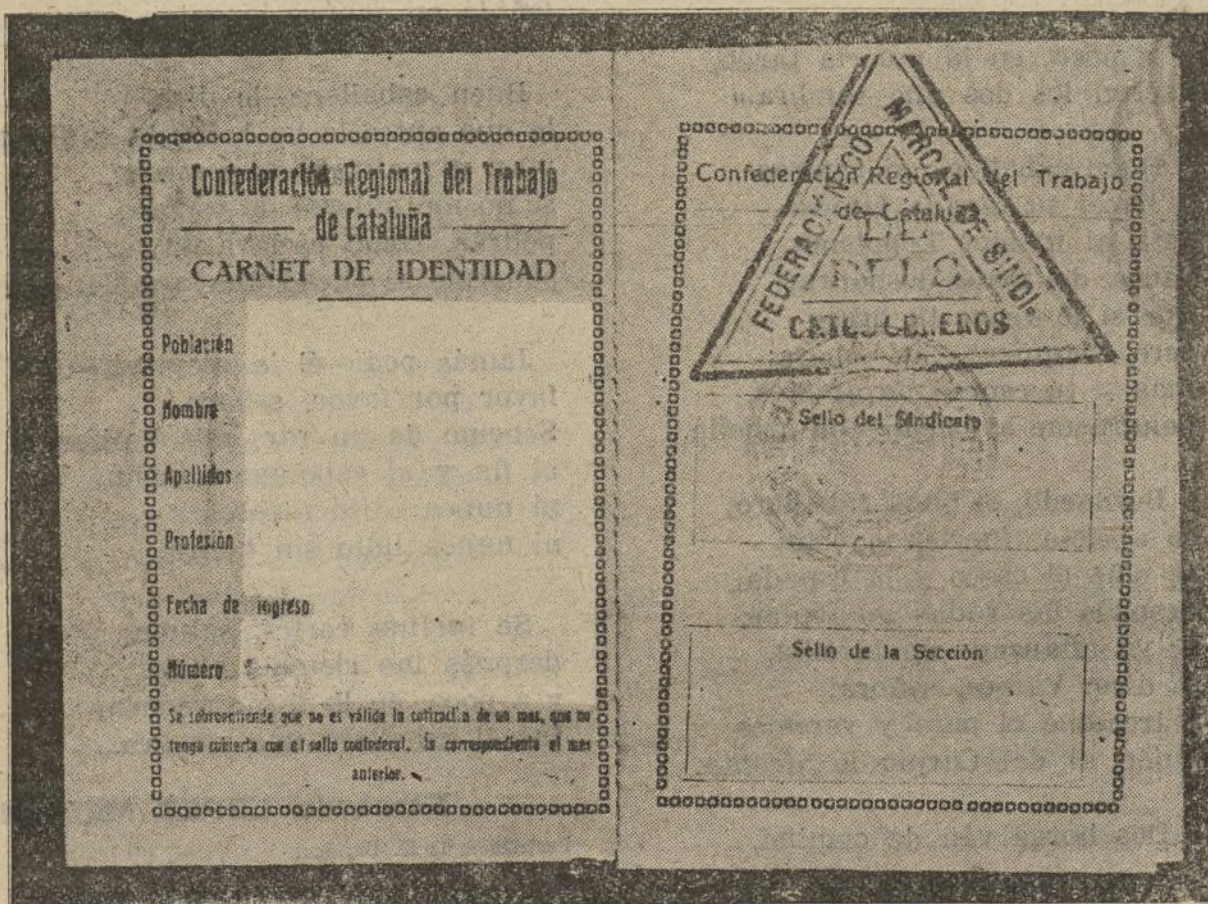
«Esto lo digo a propósito de habernos enseñado en el recreo el alumno Zubizarreta un «carnet» de identidad del Sindicato único, que le ha sido entregado a título de curiosidad por su tío el capitán mercante, procedente de Barcelona. Recordaréis que me lo enseñasteis en el recreo en el preciso momento en que el magnífico yate de recreo, de todos conocido, destacaba su elegante silueta blanca en el azul del horizonte, camino de Bilbao, después de doblar el cabo de Ma-

chichaco. Y yo os dije entonces: «Esto matará a aquéllo», repitiendo lo que el francés Hugo puso en boca del arcediano de Nuestra Señora a propósito de la catédral y del libro impreso. Profecía que hizo creer a Luis XI en la locura del sacerdote melioeval, cuyo acierto han consagrado los siglos. Sucumbirán los yates de recreo a la presión de las Confederaciones del trabajo, y la humanidad seguirá desarrollando sus sucesivas evoluciones sociales, sin que falte en el porvenir alguien que comente eutrapélicamente las manifestaciones del Padre Conforme, humilde sacerdote que, cargado de años y de experiencia, se atreve a profetizar las que a los poderosos del siglo XX les parecerán locuras seguramente. Aplacé entonces la ampliación de lo que os dije, para la clase de Eutrapelia. Porque la Eutrapelia española, más queridos discípulos, aunque descendiente de la griega, como todas las continentales, se diferencia de todas en que se ríe de los sufrimientos y de la muerte. Solamente un poeta español, Andrés de Montoro, el ropero de Córdoba, en su patética lamentación a la Reina Católica pidiéndola caridad para los judíos conversos, condenados a ser quemados vivos, entre los cuales él mismo se encontraba, es capaz de terminar su trágica composición con una bufonada, pidiendo se aplazara la ejecución

hasta ya por Navidad, cuando sabe bien el fuego.

«Este aspecto especial de la Eutrapelia española, que entre risas y lágrimas impregna todas las páginas del *Quijote*, me impulsó a aplazar la exhibición del «carnet» con proyecciones para esta clase, donde podremos aplicarle la experimentación histórica. Aquí tenéis las fotografías del documento que vamos a estudiar. Se trata de una cristalización social, consecuencia de una reacción anterior que debemos analizar lo más concienzudamente posible.

«Ni la portada, de no mal gusto, representativa del trabajo sostenedor del mundo, ni las dos primeras hojas, tie-



man nada de particular, salvo el error de siempre, explicado en lecciones anteriores, referente a la confusión general entre la fuerza y la energía. Los trabajadores sostienen el mundo sobre sus hombros; ¿quién los ha organizado en la forma y distribución que el grabado señala? ¿De dónde procede la energía que los mueve? De poco sirve la fuerza aislada sin la inteligencia que la dirija para constituir la energía que todo lo puede y es el alma del mundo. Las primeras páginas del «carnet» que estudiamos presentan un sello en triángulo, la antigua concepción cabalística de todas las creencias ocultistas de los siglos pasados, comenzando por la célebre Tabla de Esmeralda, donde se sentencia: «He aquí por qué yo he sido llamado Hermes Trismegisto, teniendo las tres partes de la Filosofía del mundo», hasta el relativamente reciente triángulo masónico.

«Tenéis a vuestra vista todos los aforismos y sentencias impresos en las últimas hojas del «carnet». Nada más elocuente. El antiguo *Nosce te ipsum*, *Conócete a ti mismo*, la famosa inscripción latina del templo de Delfos, figura entre ellos. Antiguallas, hijos míos. La experimentación histórica se impone. La reacción social, que ha dado como resultante el «carnet» de identidad que examinamos, fulminante de sanguinarias violencias, debe ser fenómeno social ya verificado anteriormente, pues que de antiguallas se alimenta.

El ácido y la base de la reacción, cuyos efectos examinamos, los encontraréis en funcionamiento repasando la guerra de las Germanias de Valencia en tiempos del César Carlos V. Fueron la causa y origen de ella el constante atropello de las clases populares por los nobles valencianos, sin que aquéllos pudieran reclamar nada, porque, según el obispo Sandoval, así se iban a quejar a la Justicia, cos-

tábales más la querella que el principal; y no creo pueda achacarse parcialidad a favor del pueblo al sabio benedictino. ¿No ocurría lo mismo, con ropaje moderno, hasta no hace mucho, entre burgueses y proletarios?

«Por lo demás, la evolución de las Germanias fué la misma de los Sindicatos. Su fundador, Juan Lorenzo, hombre de buena fe, murió de pena al no poder contener a los agermanados, que comenzaron asesinando bajo la estola del vicario Mosén Antón Bonet a un tal Francis, que se negó a sindicarse. Y todo ello se ahogó en un mar de sangre, derramada por ambas partes. Vicente Peris, jefe de los agermanados, fué el terror de los nobles y degolló seiscientos moros «esquirols», ¡después de bautizarlos! El 20 de agosto de 1521, cuatro mil agermanados, derrotados en batalla campal, produjeron cadáveres bastantes para cubrir una acequia, por la cual pasó la caballería vencedora. Y el mismo fenómeno evolutivo señalado en el «Esto matará a aquello» se repite constantemente al través de los siglos, sin más variación que modernizar su forma. La humanidad, manchada siempre de sangre, sigue su camino derrumbando valores sociales, aparentemente inmovibles, para crear otros nuevos, condenados a perecer a su vez por el sanguinario empuje de los de abajo.

«Amados hijos míos, jóvenes que contempláis, ansiosos de avanzar en la vida, el anchuroso camino abierto a vuestras iniciativas, observad a vuestro alrededor si sigue distribuyéndose lo que fué carroza en tiempos de Luis XI y Carlos V, y automóvil actualmente, en dos departamentos: uno, exterior, expuesto a las inclemencias del tiempo, y otro, interior, cómodo y a cubierto de la lluvia. Mientras tal suceda y los del pescante no hagan otra cosa que, salpicados de sangre,

acomodarse en el interior para que otros ocupen el pescante, se repetirá el fenómeno social profetizado por el arcediano.

«Y en cuanto a lo que a España se refiere, observad la primera sentencia del «carnet» de identidad representativo del actual estado de cosas. «El derecho a la vida es inviolable para todos.» Eutrapelia de rancia estirpe española. La vida inviolable para todos, como primer lema impulsador del asesinato. ¡Oh, ropero de Córdoba, desdichado remendón poeta que eutrapélicamente trató los más graves asuntos de la corte de los Reyes Católicos! Repitamos con él

Que un monteruelo se mata con quien le fiere su can.

«La lección ha terminado.»

Fernando de ORMAZA

LECTURAS

Los lectores y, sobre todo, las lectoras de Cristóbal de Castro agotan estos días tres libros del gran escritor, cada uno diverso en la materia y todos tres del propio estilo ameno, elegante, inconfundible.

En *La Revolución desde arriba*, que ha producido una verdadera revolución en los centros políticos, por su preparación y autoridad, y en las librerías, porque en menos de una semana se han vendido los ejemplares a miles, Cristóbal de Castro es el «leader» de la reforma agraria y de la colonización interior. En *La Interina*, verdadera historia de una niña de quince años, es el escritor de las mujeres, comprensivo, amplio y sutil. Y en *Lais de Corinto*, el poeta de sólido, selecto clasicismo y noble modernidad que pocos escritores contemporáneos igualan y ninguno supera.

Nuestro ilustre colaborador es, ante todo, uno de los contados escritores que, gozando de sólida autoridad entre los intelectuales, goza de envidiable popularidad entre el gran público. Por eso, cada libro suyo es un doble triunfo de crítica y de venta.

El infatigable escritor R. Cansinos Assens, que en lo que va de año lleva publicados cuatro libros, ha puesto a la venta, recientemente, una nueva novela, titulada *La huelga de los poetas*, que tiene, entre otras buenas condiciones, gran originalidad.

Se ha puesto a la venta *El cuarto libro de las crónicas*, tomo XX de las obras completas de Enrique Gómez Carrillo.

El gran público español desconoce al célebre novelista italiano Guido da Verona, cuyas obras gozan de gran popularidad tanto en Italia como en Francia.

La Editorial Mundo Latino, deseosa de ir rompiendo el incomprensible alejamiento espiritual entre Italia y España, ha traducido y acaba de poner a la venta *La vida comienza mañana*, una de las novelas más sugestivas de Guido da Verona.

Acaba de aparecer el tomo XIII de las obras completas de Linares Rivas.

Contiene *El conde de Valmoreda* y la hermosa comedia *Como hormigas*.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO

y esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA.

Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50. — MADRID

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico
de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

-- De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos --

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista parcial de la Biblioteca del Hotel de Paris.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO

= D. Manuel del Valle Díaz. =

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

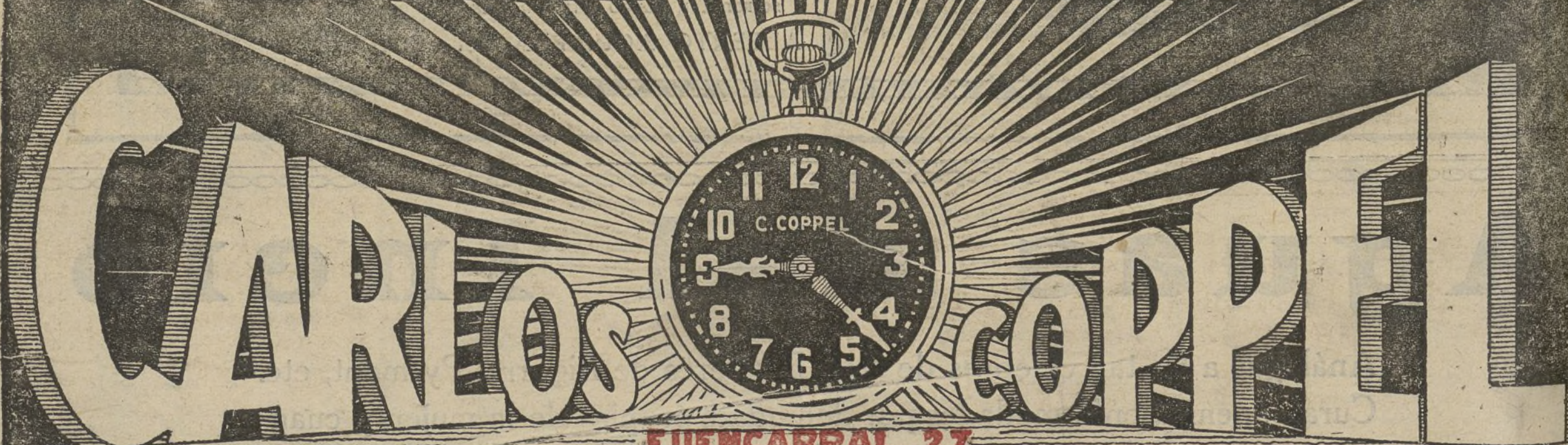
Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



FABRICA DE RELOJES



FUENCARRAL 27

MADRID

CERTIFICADO DE GARANTIA CON CADA RELOJ
REMESAS A PROVINCIAS — CATALOGOS GRATIS

ESPECIALIDAD: RELOJES CON ESFERA LUMINOSA CON RADIUM
(SE VE EN LA OSCURIDAD, SIN LUZ)